

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 13 de Febrero 1944

No. 585



Madre Santa Eufrasia Pelletier

Medicina Natural

Vamos a comenzar una serie de artículos en los cuales daremos a conocer el valor medicinal de algunas plantas popularmente conocidas, lo que será de gran importancia para todos y más para aquellos suscritores que viven lejos de las ciudades, donde les es muy difícil llamar a un médico en casos urgentes.

Todos estos conocimientos los extractamos del libro de Medicina Natural del Doctor Vander, ex-director del Sanatorio de Medicina Natural de Leipzig (Alemania).

También daremos a conocer el valor alimenticio de muchas frutas, legumbres y alimentos de consumo ordinario, muchos de los cuales tienen propiedades medicinales.

Las medicinas en general son productos de plantas, químicamente preparadas, lo que hace muchas veces que perjudiquen el organismo, mientras que la medicina a base de plantas naturales es más simple y no perjudica el organismo.

Se han realizado grandes descubrimientos en los diversos ramos de la Medicina, pero a pesar del enorme caudal del saber médico, la Humanidad continúa enferma y padeciendo. No han disminuído ni los hospitales ni los manicomios. Las enfermedades crónicas que no se curan son numerosas y la mayoría de las personas padecen de los nervios. Una salud verdaderamente perfecta es casi desconocida y se toma por salud perfecta lo que es una salud relativa, comparada con otros estados menos perfectos.

Aún los mismos doctores, sintiéndose enfermos y habiendo recurrido a todos los medios de la medicina, como no se curaron se declararon incurables por ser enfermedad crónica la que padecían. Algunas celebridades médicas como Priessnitz, profesor de la Universidad de Viena que se dedicó a curar por medio del agua; el Doctor Winternitz, profesor de la misma universidad, desarrollaron los descubrimientos de Priessnitz. El Profesor Doctor Schwennitz, médico de Bismark; el Abad

Kneip que además de sus tratamientos por el agua y otros agentes naturales, estudió un gran número de plantas curativas; el Doctor Lahmann conocido por sus estudios sobre las impurezas de la sangre, fundó un famoso sanatorio con capacidad para mil enfermos para aplicar la medicina natural y así en Alemania aparecieron centenares de sanatorios del mismo sistema. Y uno de los más famosos fue el Doctor Kuhne que se le consideró un genio e hizo su famoso libro "La nueva ciencia de Curar", obra que indujo a muchos médicos de hace cincuenta años a dedicarse a la Medicina Natural. El mismo Kuhne fue quien defendió las siguientes teorías: la de las "Substancias extrañas como causa de las enfermedades", la gran teoría de "La unidad de las enfermedades", la "Inmunidad natural", la "Defensa natural contra los microbios", el "Natural poder curativo del organismo", el "Valor de los baños de sol", y "Procedimientos sudoríficos", los "Beneficios del régimen vegetariano, rico en elementos vitales y sales minerales". Todas estas teorías quedan hoy confirmadas por la ciencia ultramoderna.

La Medicina Natural parte del punto de vista de que la salud es la condición natural del hombre y que las enfermedades son causadas por las desviaciones de las leyes biológicas. Además, enseña el origen unitario de las enfermedades. Las dolencias aunque diferentes en sus manifestaciones, nacen de una causa común: el régimen antinatural, la mala higiene del organismo, las múltiples faltas contra la naturalidad, las taras hereditarias, etc. Todos estos factores debilitan las defensas orgánicas, impurifican la sangre y los humores, que se llenan de substancias extrañas y perjudiciales que, con el tiempo, debilitan tanto los órganos, que éstos acaban por enfermar. Los órganos, una vez así debilitados e intoxicados, ya no se pueden defender debidamente contra los microbios, desarrollándose entonces las enfermeda-

des infecciosas. Además de las causas fundamentales de enfermedad, admite la Medicina natural una serie de causas accidentales o causas secundarias, que favorecen o provocan las dolencias, tales como los microbios, los cambios de temperatura, el frío, la humedad; pero éstas no son la causa primera, verdadera y esencial de las enfermedades."

"La Medicina natural, desde un principio admitió como causa principal de enfermedad todo lo que debilita o envenena la sangre. Todos los órganos, todos los tejidos, todas las células dependen en su química de los humores y de la sangre.

La Medicina natural enseña que suprimiendo las causas de las enfermedades desaparecen también sus síntomas: los dolores, la debilidad, la tos, la diarrea, la fiebre, el insomnio, la nerviosidad, etc. Consideramos los síntomas sólo como importantes reacciones defensoras y como avisos de la naturaleza, ya que nos ayudan a conocer el estado de la enfermedad misma que los produce.

Substancias extrañas son, pues, todas aquellas que se depositan en algún sitio del cuerpo y que no forman parte del mismo, o que no son útiles para sus necesidades o funciones, y son la causa "material" de las enfermedades porque son perjudiciales al organismo, y lo debilitan.

Las personas que llevan una vida sencilla, sin complicaciones en la alimentación, comiendo muchos vegetales y frutas, respirando el aire puro de las montañas, durmiendo las horas necesarias al organismo, trabajando lo necesario, sin las agitaciones ni complicaciones de la vida moderna, sin preocupaciones domésticas ni de dinero, en fin, como viven los monges encerrados, está probado que viven más largos años que los mismos multimillonarios que pueden con su dinero comprar todo lo que quieren menos la salud que para ellos es un verdadero problema.

Conociendo las propiedades de los vegetales, es decir de todo lo que nos sirve para nuestra alimentación podemos elegir lo que más nos convenga para nuestro organismo y poco a poco llevar una vida vegetariana, sencilla lo que purificará nuestro organismo y nos hará sentirnos más sanos y aptos para continuar trabajando y ser útiles el mayor número de años posible.

Es indudable que un cuerpo sano tiene una mente sana, y su carácter tendrá que ser equilibrado debido a que su sistema nervioso está completamente exento de todos aquellos estados enervantes debidos al mal funcionamiento de los órganos del cuerpo.

La Vocación Religiosa

P. J. RAETEMAN.

1°—SUBLIMIDAD DE ESTA VOCA-
CION.—a) *Es una gracia y un favor divino.*
El estado religioso es, por sí mismo, el mejor y el más perfecto.

"Cuando Dios, dice San Alfonso, llama a un alma a una vida más perfecta, le otorga seguramente una gracia especial y de un gran precio. Es un favor concedido a un número limitado. ¡Oh! es preferible ser llamado al estado religioso donde Dios nos convierte en uno de sus familiares, que ser llamado a reinar so-

bre los más grandes pueblos de la tierra".

Si se le propusiera en nombre del Rey a una humilde pastorcita ir a palacio para ser reina; ¡que gloria para toda su familia! No seréis solamente su hija, "su sierva"; os convertiréis en su esposa... ¡Qué título! Cuando se reflexiona bien, ¡qué grandeza!

b) ¡Y qué alegría para la elegida, al sentirse tan grande a pesar de su pequeñez!... A los ojos del mundo, parece humilde, hasta la compadecen y la desdennan. Pero piensen las que es-

tán orgullosas de los títulos y grandezas de sus maridos, que la "Hermanita" que pasa tímida por la calle, aquella cuya vida las esparta y a la que prodigan a veces sus despectivas piedad, atraviesa también el desierto de la vida apoyada en el brazo de su esposo, "de su Esposo que es incontestablemente el primer Señor del Universo.

Por eso cuando Dios llama a una joven al gran honor de consagrarse a El, para ser su esposa, ¿cómo explicar que haya padres no solamente incapaces de comprender la gloria que recae sobre ellos, sino dispuestos a intentarlo todo para hacer retroceder a sus hijas del camino al que Dios las llama? ¡Ah! qué hermosa es la frase tan llena de fe, pronunciada por aquel viejo general en la profesión de su hija, que contestando a un amigo, extrañado de su serenidad: "¿Cómo quieres que llore, dijo, cuando voy a tener a Jesucristo por yerno?"

"Bienaventurado aquel a quien habéis elegido", dice el Salmista. Y San Bernardo, comentando esas palabras, describe así las ventajas de la vida religiosa.

1) Preservación contra el pecado: porque en la vida religiosa se sirve más puramente, se cae más raramente y se consigue la enmienda antes.

2) Adelanto espiritual: se anda con más seguridad, se reciben más gracias de Dios y se descansa en El con más seguridad.

3) A la hora de la muerte: se muere con más paz y confianza, porque habiendo renunciado a todo, el corazón está libre y desatado de todo.

Quien ha pasado casi toda la vida en estado de gracia, ha multiplicado sus confesiones generales y ha vivido en una cierta santidad, pierde el miedo de morir.

En esta hora solemne, el alma religiosa se acuerda de las palabras de Nuestro Señor: "Aquel que haya abandonado por Mí a su padre y a su madre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna." Es una promesa formal y Dios no engaña nunca.

b) *Es un holocausto.* — La sublimidad de esta vocación consiste sobre todo en que toda la vida del alma consagrada a Dios será un

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

acto de fe, de esperanza y amor. Se inmolará toda entera por la pobreza, la castidad y la obediencia. Todo lo que tiene, todo lo que es, todo lo que posee, todo entrará en el holocausto. No tiene más que dar; renunciará a los bienes de la tierra, a las alegrías del corazón, a los dulces y puros afectos de la familia, y cuando haya inmolido todo esto y no tenga suya otra cosa que la voluntad, la inmolará otra vez someténdola a otra voluntad a quien prometerá obediencia como al mismo Dios. ¿Puede encontrar algo más hermoso que ese renunciamiento total, ese sacrificio completo? Y para Jesús ¡qué triunfo el de ver pobres seres míseros como nosotros ofrecerle y probarle así su amor!

¡Y qué ofrenda la nuestra! No somos nada, pero esa nada somos nosotros mismos, lo que tenemos de más valor. No podemos dar más. El alma religiosa se da por entero, sin reserva y para siempre. Está muerta y viva a la vez, muerta a todo lo humano, y viva para Dios. Y no es solamente el sacrificio completo y universal de todos los bienes del cuerpo, de alma, de la voluntad; es más que eso: es un sacrificio que se renueva a cada minuto, a cada instante. Es un martirio, sí, como escribe San Francisco de Sales: "¿No es un martirio no hacer nunca nuestra propia voluntad, someter continuamente nuestra opinión, destrozarnos nuestro corazón, limpiarle sin cesar de todo aquello que no sea Dios, contrariarle en todas sus inclinaciones o gustos para vivir según la voluntad divina?"

c) *Es un beneficio social.*—Suprimid con el

pensamiento los innumerables y heroicos ejércitos de religiosos. ¡Qué vacío se notaría en nuestra sociedad! ¿Cuándo comprenderá el mundo lo que debe a la mujer que se ha convertido voluntariamente y por amor, en la maestra de sus hijos, la madre de sus huérfanos, la hija abnegada de sus viejos, la providencia de sus pobres, el consuelo de todos sus ofligidos y hasta la reparadora de todos sus crímenes?

Qué hermoso es contemplar ese ejército de caridad, que va sonriente y dulce hacia todos los sufrimientos al través de todos los infiernos humanos.

Fijad vuestra mirada en la angelical hermana que no sueña más que al suavizar algún infortunio, que supe a todos los calvarios para encontrar debajo de la máscara del dolor, las facciones adoradas de Cristo. "Por El tendrá todas las audacias, azotará con sus manos blancas a los fariseos que sonríen y a los canallas que blasfeman. Lo sufrirá todo con tal que no se alce ninguna cruz sin un poco de amor a sus pies."

d) *Es la respuesta de amor humano al amor divino.* — El ilustre autor de "Los Monges de Occidente" lo explica en su magnífico lenguaje.

"¿Pero cuál es ese amante invisible, muerto sobre un patíbulo, hace diez y ocho siglos, que atrae de ese modo hacia El a la juventud, a la belleza y al amor? ¿Quién es el que aparece a las almas con ese resplandor y ese atractivo al que no pueden resistir? ¿Quién se precipita de pronto sobre ellas y hace de ellas su presa? ¿Es un hombre? No, es un DIOS. He ahí el gran secreto, la llave de ese sublime y elevado misterio. Solamente un Dios puede alcanzar tales triunfos y merecer tales abandonos. Ese Jesús cuya divinidad es todos los días insultada o negada, lo prueba todos los días entre miles de otras pruebas, por esos milagros de desinterés y de valor que se llaman vocaciones. Corazones jóvenes, aparentemente débiles e inocentes, se dan a El, para recompensarle del don que nos hizo de Sí mismo y el sacrificio que los crucifica no es más que la

respuesta del amor humano al amor de un Dios que se dejó crucificar por nosotros.

Pero para emprender esta vida sublime y heroica hace falta un llamamiento especial de Dios: SE NECESITA VOCACION.

e) *Hermosa comparación de Veillot.*— "La vida religiosa es una nave segura que nos conduce al cielo. Este santo navío que lleva el nombre de Jesucristo y encierra como equipaje las imitaciones de la vida pobre y mortificada del Salvador, es atacado por numerosos y poderosos enemigos.

Sobre la orilla, bailan al borde del abismo los enervados por las tres concupiscencias de que habla San Juan. Dócil a sus pilotos inspirados, el arca de las virtudes humanas sigue su ruta; los siete dones del Espíritu Santo inflan sus velas, atadas de los mástiles de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad; la Estrella del Mar la protege con su dulce influencia; los ángeles la esperan en el puerto. Caminando al través de las tempestades y de las oleadas furiosas, remolcando la frágil barca de los seglares que necesitan de su ayuda para navegar, recibe a su bordo a los que se arrepienten, a los afligidos y a cuantos quieran llegar a la perfección; entre los pasajeros, unos vigilan, otros ayunan, otros trabajan, otros rezan; y son todos por voto, pobres, castos y bedientes."

f) *Lo que no es la vida religiosa.*—Alguien hablando de los monasterios dijo un día: "¡Hay

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

que dejar refugios abiertos para los grandes arrependidos y las grandes víctimas del dolor! ¡Qué tontería! No, el claustro no es el refugio de los amores contrariados, ni un hospital para corazones magullados o sensibilidades heridas”.

“¡Se cree, dice Luis Veuillot, que para consagrarse por completo a Dios sin otros beneficios que un traje de lana y una cama de plancha, hay que sentir la necesidad de huír de la justicia humana, haber perdido la cabeza, haber nacido imbécil o algo parecido! Es generalmente incomprensible la sumlime sencillez del sentimiento religioso, el horror que inspira el mal a las almas puras, la generosidad caballeresca del cristiano que querría al precio de todas las alegrías de la vida, evitar a Dios el dolor de un solo pecado!

¡No!, no son las inteligencias débiles, ni los corazones cargados de remordimientos o postrados por la pasión los que llenan los claustros. ¡Esos religiosos de fabricación literaria no existen más que en las novelas.”

Es innegable que algunas desgracias pueden trastornar una vida y abrir en el corazón un vacío que sólo la vida religiosa puede llenar.

Pero son raras, muy raras, esas almas abatidas que se encaminan hacia Cristo en el luto y en las lágrimas; la inmensa mayoría se dirigen a El con la sonrisa de la inocencia y la alegría de un corazón puro y virgen, coronado de flores.

(CONTINUARA)

La Epístola de los efesios y los jóvenes esposos

Terminábamos nuestro artículo anterior, citando las palabras del Apóstol San Pablo a los Efesios, en las que, según decíamos, se encuentran en síntesis los deberes gravísimos de los esposos cristianos: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por Ella, con el fin de santificarla.”*

Este es el modelo, que la doctrina cristiana propone a los jóvenes esposos, para cumplir sus gravísimos e ineludibles deberes conyugales. El amor de Cristo a su Iglesia, la inmolación de Cristo por su Iglesia ha de regir y orientar, oh jóvenes, vuestra conducta, en el nuevo estado de vida, que a los pies del altar y adelante del Sacerdote, Ministro del Señor, vais voluntariamente a empezar.

El matrimonio es un sacrificio; es una donación de sí mismo, en aras del amor más noble, más puro, más desinteresado, más generoso de vuestro corazón.

No solo la mujer, también el hombre tiene que sufrir en el matrimonio. La concepción materialista, brutalmente materialista, de la vida, que hoy impera por desgracia en el

mundo, ha hecho pensar a nuestros jóvenes varones que el matrimonio para ellos sólo significa una satisfacción egoísta, con alguna carga económica, más o menos llevadera, más o menos soportable. Que la mujer se sacrifique, que la mujer sufra, que la mujer lllore, que la mujer lleve la carga de la familia; todo eso lo veis vosotros, jóvenes, con la mayor naturalidad del mundo; todo eso lo esperais, sin duda alguna, al pronunciar el “sí” sacramental. Pero no habéis pensado, no habéis probablemente reflexionado en esta idea profunda y verdadera del Apóstol San Pablo: el matrimonio cristiano exige, como base insustituible de estabilidad, vuestro propio sacrificio, vuestra propia inmolación.

Cristo amó a su Iglesia hasta morir por Ella derramando su sangre preciosísima en el madero infame de la Cruz. El amor de Cristo a su Iglesia es un amor que sufre, es un amor que llora, es un amor que muere entre dolores inauditos. *“Ninguno tiene mayor amor, dijo Jesús un día, que el que da la vida por sus amigos.”* Por eso el Salvador que amó de veras a su Iglesia, dió por Ella su vida. San Pablo sintetiza toda obra redentora, todo el drama tremendo

del Calvario en estas dos palabras: "Me amó y se entregó a la muerte por mí."

"Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo Amó a la Iglesia." Esto es, oh jóvenes, el ideal grandioso y fecundo que debe embargar vuestro corazón y vuestras almas en los momentos sublimes y decisivos en que, pronunciando el "sí", celebráis vuestro contrato sacramental.

El matrimonio entero, empezando desde la petición amorosa, inspirada en la belleza y creadora de otra belleza superior y eterna, hasta el desposorio y la unión en el amor, ha de estar modelado, en frase de San Pablo, según el tipo misterioso y divino del amor entre Cristo y su Iglesia.

La voluntaria y libre inmolación de los jóvenes varones en el estado conyugal, que debe ser reflejo del amor fecundo y vivificador de Cristo hacia su Iglesia, exige, como deber fundamental, el que los jóvenes esposos aspiren, con la gracia de Dios, a conseguir la *santidad* específica del nuevo estado de vida, que en el orden cristiano han escogido y abrazado.

Hay una santidad universal, que responde a nuestra elección como miembros del Reino de Cristo y que tiene por denominador común la caridad, la unión sobrenatural con Dios y con nuestros prójimos. Pero esta caridad, que es lo más divino que los hombres podemos tener aquí en la tierra o en el cielo, en su misma unidad tiene muchos matices diferentes, que corresponden a cada estado de vida, a cada miembro de la Iglesia.

Así como en el cielo las estrellas fulguran

con resplandores tan distintos, así en el mundo de las almas, la gracia de Dios parece acomodarse a los distintos temperamentos, a las distintas facultades, o circunstancias de cada una de las almas, que viajan por el camino de la vida, hacia el puerto seguro de la inmortalidad.

Una es la santidad del Sacerdote; otra es la santidad del Religioso, y otra es y debe ser la santidad de los esposos cristianos.

Esta es una idea inspiradora, confortante, realísima, que debe ser para vosotros, jóvenes, la norma y el secreto constante de vuestra vida conyugal: en el matrimonio, en el nuevo estado de vida que voluntariamente vais a abrazar, no sólo podéis, sino debéis ser santos, según la voluntad de Dios. Vuestra santidad será la que gradúe vuestra verdadera felicidad, vuestro fecundo acrecentamiento, vuestra gloria en el tiempo y en la eternidad.

Sed santos y haréis santas a vuestras esposas; sed santos y haréis santos a vuestros hijos; sed santos y vuestro hogar será inmovible, como la casa edificada sobre la roca viva.

Santificad vuestro amor, ya que él es el que ha vinculado vuestra vida a la vida de la mujer que Dios os dió. Amadla, amadla entrañablemente; amadla hasta dar la vida por ella. "Quien ama a su mujer, dice San Pablo, se ama a sí mismo."

No es el amor libre, no es el amor natural, no es el amor sexual, — amores todos estos indignos de un cristiano, — los que han de fundar esa sociedad espiritual de vuestro matrimonio. El amor conyugal, para que garantice la unidad y la estabilidad del vínculo, debe ser no solo un amor racional, sino un amor sobre-

Bettina de Holst Hijos

Se complace en ofrecer: Toda clase de labores de mano, lanas en todos colores. Manteles estampados. Visítenos y encontrará Ud. lo que necesita para su veraneo.

natural; debe venir de Dios y debe llevar vuestras almas a Dios.

Santificad vuestras vidas, por el cumplimiento de los preceptos divinos, por el vencimiento constante y victorioso de vuestras propias pasiones, por el ejercicio de las virtudes cristianas, por la ascensión constante de vuestras almas a la perfección cristiana.

Todo en vuestra vida ha de ser santo, ha de estar bañado con la luz indeficiente de lo infinito, de lo inmutable, de lo eterno. Vuestros trabajos y vuestro descanso, vuestras alegrías y vuestras penas, vuestros temores y vuestras esperanzas; todo ha de estar inspirado, vivificado, sostenido, por la gracia de Dios, por la gracia sacramental de vuestro matrimonio.

Santificad vuestras relaciones íntimas y constantes con la esposa amada, con la compañera y la ayuda, que Dios os dió, para cumplir vuestra misión en la tierra. Dése al cuerpo lo que se le debe, por la fuerza del contrato y para los

finés del sacramento; pero todo ello debe estar embebido de la santa caridad, de la gracia de Dios, en la que quiso el mismo Jesucristo meter las raíces del matrimonio.

Mas, para santificar vuestro amor, para santificar vuestra vida, para santificar vuestras íntimas y constantes relaciones con la esposa querida, es necesario sufrir, es necesario sacrificarse, es necesaria imitar a Cristo, *que amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por Ella.*

¡Cuánta verdad encierra aquella sentencia del Kempis que en romance todos conocemos: "*¡No hay cruz que no tenga santo, ni santo sin cruz alguna!*"

En el número próximo de nuestra Revista veremos lo que la doctrina católica nos enseña acerca de los deberes de la esposa cristiana, en los que se hallan la suprema liberación y la más noble grandeza de la mujer.

Joaquín Sáenz y ARRIAGA, S. J.

Institución divina del Sacramento de la Confesión

Uno de los mayores empeños del infierno es alejar a los fieles del Sacramento de la Confesión, como que sabe bien el gran número de almas que pierde cuando por medio de este Sacramento se reconcilian con Dios y se aseguran contra los ataques enemigos por medio de los consejos del confesor.

Trata, pues, el Príncipe de las Tinieblas de desacreditar y hacer perder la fe en este Sacramento. Y este fué el primer Sacramento dado a los sacerdotes de perdonar los pecados por otros Sacramentos, y no encuentran dificultad en admitir, por ejemplo, la eficacia del Bautismo para borrar el pecado. Pero hallan ridículo creer que unas pocas palabras que murmura un sacerdote: "Yo te absuelvo de tus pecados," puedan limpiar un alma. ¿Y no es el Bautismo el mismo caso? ¿No son allí unas pocas palabras del ministro las que tienen virtud junto con el agua de lavar aquella alma? Pues si admitimos por la palabra de Dios esta virtud del Sacramento del Bautismo, admitamos también si

la Sagrada Escritura nos lo dice, la virtud de las palabras de la absolución cuando se juntan al agua de las lágrimas y de la confesión del penitente.

Qué nos enseña el Evangelio acerca del poder dado a los Sacerdotes de perdonar los pecados?

Nos dice que Jesucristo que tenía El mismo el poder de perdonar el pecado, y que a menudo perdonó a pecadores como a Magdalena la adúltera, al ladrón en la cruz y al paralítico en su lecho, y que defendió ese poder divino contra las calumnias de los fariseos; nos dice que ese mismo Jesucristo quiso comunicar y delegar tal poder a sus apóstoles. Dice así el Santo Evangelio: "*Estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban encerrados los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y presentándose en medio de ellos, dijoles: Paz a vosotros. Dicho éstos mostróles sus manos y su*

costado. Y los discípulos se llenaron de gozo viendo al Señor. El les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como el Padre me envió así os envío yo a vosotros. Dichas estas palabras sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Aquellos a quienes vosotros les perdonareis los pecados, les quedan perdonados, y a quienes se los retuviéreis, les quedan retenidos." (Juan XX, 19-23.)

¿Cuál es la interpretación lógica y natural de estas palabras?

La que siempre le ha dado la Iglesia desde los primeros tiempos, hasta que han venido las interpretaciones capciosas y forzadas de los Protestantes.

Toda objeción con que se pretenda presentar como cosa indigna de Dios el haber delegado a favor de los hombres su poder soberano de perdonar los pecados se estrella contra la claridad de estas palabras:

"Estas palabras, decía San Agustín, son más claras que todos los edictos y diplomas de los

reyes." ¿Y quién es el que se atreve a rechazar a un ministro de un Rey que presenta un certificado de sus poderes firmados por Aquél?

"Ni a los Angeles, ni a los Arcángeles, dice San Juan Crisóstomo, ha dado Dios este poder, pues no se les ha dicho a ellos: "A quienes perdonareis los pecados..." ¿Qué poder hay mayor que éste? Toda facultad de juzgar ha entregado el Padre a su Hijo, y yo veo aquí transmitidos a los sacerdotes todos los poderes del Hijo."

Y San Ambrosio escribe muy bien contra algunos que ya en su tiempo imitaban a los modernos Protestantes:

"Dicen que dan honor a Dios reservándole a El solo el poder de perdonar los pecados. Pero no. Le hacen más bien la mayor de las injurias, rompiendo sus mandamientos, rechazando el regalo que nos ofrece. Pues habiendo el mismo Señor Nuestro Jesucristo dicho en su Evangelio: "Recibid..." ¿Quién es el que mejor lo respeta, quien obedece a sus mandatos o quién los rechaza?" (De Poenib, 1. 2)

(De "Verbum", Guatemala.)

Si Usted está Joven

Puede obtener una Póliza de Seguro de Vida

CON MUY POCO GASTO

Y Ud. mismo podrá recibir los beneficios en la edad

MAS CONVENIENTE

Pídanos informes de su caso particular

SIN COMPROMISO

Banco Nacional de Seguros.

El Cinematógrafo y su influencia en la juventud

Por Víctor M. Suárez.

(Concluye)

De las citas individuales hechas en los estudios de la Fundación Payne escogemos las siguientes confesiones: "Después de ver ciertas escenas de amor intenso, dice una jovencita, siento como si el amor de un solo muchacho no fuera suficiente para mí, desearía cinco a mi lado". "Las películas incitaban tanto a mi pasión que al salir del cine sentía la imperiosa necesidad de calmarla. Ya ustedes saben cómo."

"Cuando veo películas que me excitan, siempre deseo al regresar a mi casa hacer las mismas cosas que ahí veo. Las escenas de besos me emocionan y siempre quiero imitarlas yo misma. Los cuadros de amor sacuden mi sé. Casi siempre salgo del cine y permancezco largas horas fuera de casa con algún amigo."

Y si las huellas morales en la juventud son hondas, no menos graves son también las huellas físicas.

Tanto las investigaciones médicas de la Fundación Payne como las del Comité de la Liga de las Naciones presentan cuadros concretos del efecto nocivo que el cinematógrafo ejerce en la vista, en la mentalidad, en los nervios y en la constitución física en general del niño. Atribuye el doctor Fabio Pennachi una posición primordial al cinematógrafo entre las causas de las enfermedades nerviosas y mentales en la niñez y la juventud.

Numerosísimos son los casos de traumatismos psicosis y neurosis infantiles cuyo origen fué hallado en la frecuente asistencia de los pacientes al cinematógrafo.

Según las investigaciones de la Fundación Payne, la movilidad de los niños durante el sueño, después de asistir a una exhibición cinematográfica, aumenta en un promedio del 26% en los niños y del 14% en las niñas, y se dan no pocos casos en que ese aumento de movilidad llegara hasta un 75% de lo normal.

Otras investigaciones demostraron que durante la sesión cinematográfica la intensidad de

las reacciones emotivas de los adolescentes es el doble de la de los adultos, y en los niños de seis a once años el triple. El pulso y la agitación del corazón también acusaron notables aumentos de 75 a 80 pulsaciones normales, ascendían a 125 y aún a 140, y en un joven de 16 años cuya pulsación era de 80 en estado normal, llegó hasta 154 ante la contemplación de unas escenas de presidio.

Las escenas eróticas que en la mayor parte de los niños menores de 12 años apenas producían excitación, la produjeron en forma muy notable en los adolescentes de 16 años, tanto hombres como mujeres. Ninguna de los sujetos estudiados de esta edad, dejó de acusar por medio del psico-galvanómetro una marcada excitación mucho mayor que la acusada por los niños y los adultos. Ni que decir hay, respecto de las escenas espeluznantes, trasgos, espantos y apariciones, cuyos efectos son desastrosos por el terror que producen en los espectadores infantiles, agotando sus nervios y haciéndolos sufrir físicamente.

En unos experimentos efectuados por el Instituto Superior de Pedagogía de Bruselas, se comprobó que después de dos horas de asistencia al cine, la fuerza física medida con el dinamómetro había disminuído una quinta parte. La sensibilidad cutánea que acompaña a la curva de fatiga cerebral, medida en el estesiómetro acusó un aumento hasta de un 100% mayor que la fatiga producida por dos horas de labores escolares. Los temblores registrados por el termómetro aumentaron considerablemente en los cardíacos y nerviosos. Los reflejos causados por la persecución de ciertas articulaciones se exacerbaron.

En cuanto a la vista, muchos son también los especialistas que han comprobado el gran porcentaje de niños y jóvenes que sufren fatiga visual después de las proyecciones cinematográficas.

Las inmensas horas que pasa el niño y el joven en el salón obscuro del cinematógrafo, las

más de las veces con poca y deficiente ventilación, cuando debieran aprovechar esas horas para dedicarse a algún saludable deporte al aire libre, aparte de cualquier otra consideración no pueden menos de ejercer funestos resultados sobre esos cuerpos juveniles y sobre sus nervios. En los juegos al aire libre, están en actividad; en el cine, inmovilizado en sus alientos, envueltos en la fascinación del espectáculo, son simples instrumentos, demasiado prematuros, que sirven de juego a las emociones de los protagonistas.

No es mi propósito en esta exposición condenar al cinematógrafo, sino simplemente señalar sus inconvenientes y peligros para la niñez y la juventud.

Esa absorción de emociones, no teniendo otro escape, se refleja luego a través de reacciones físicas y hábitos de conducta.

A nosotros los padres de familia, a la sociedad consciente y a las autoridades, incumbe vigilar y cuidar porque esos daños y peligros desaparezcan y sirva el cinematógrafo, como debe servir, de vehículo de cultura y formación social, y no de degradación y disolución.

Si tan intensa y poderosa cuanto suave e insensible es la fuerza social del cinematógrafo, ¿por qué no usarla encauzándola por los senderos del bien y de la moral? Y si eso es empresa demasiado grande, ¿por qué no trabajar por defender a nuestra niñez y juventud de los peligros del cine actual?

Señores, ningún hombre íntegro puede decir que este es un asunto exclusivamente de moralistas, o de padres de familia, porque asuntos como éstos, en que padece y peligra la formación total de la sociedad, tienen que afectar e interesar a todos los elementos que constituyen ese conglomerado social.

El propósito que me impuse al preparar esta cuartilla, aunque en forma imperfecta, lo he cumplido: presentar ante ustedes, en forma somera, un cuadro demostrativo de la ingente importancia social que el cinematógrafo tiene como modelador de conciencias infantiles y juveniles.

Debemos iniciar en nuestro medio una labor efectiva, tendiente a corregir ese grave mal que pesa sobre la sociedad, dentro de los lineamientos de acción que se consideren más convenientes y oportunos. Así contribuiremos como nos lo exige nuestra propia conciencia a la orientación de la juventud, para hacer de los hombres del mañana, elementos sanos, imbuidos de nobles ideales e impulsos, elementos útiles a la sociedad; no unidades biológicas impregnadas de rastreras pasiones y pobre en ideales, más propias para poblar prisiones y reformatorios, que para poblar el mundo más noble, más bello, y más lleno de fraternidad, paz y justicia, que todos deseamos para nuestros hijos el día de mañana.

(De "Unión", México.)

El Trabajo

De "Verbum."

El trabajo es la gran ley de la vida. Es elemento necesario para mantener sano el cuerpo y el alma; es indispensable para conseguir la perfección moral de los seres.

Esa actividad constante que sabe mantener al unisono, en perfecta armonía, los desenvolvimientos intelectuales, con los morales y aún los físicos, es el secreto que va formando la personalidad del ser humano, íntegra, completa, dignificada.

El hombre como la mujer, deben encontrar

en el trabajo, no un peso o una carga de las que quisiera librarse, sino una fuente fecunda de bienes y prosperidad.

La mujer tiene asignadas tareas y actividades distintas a las del hombre: pero no está dispensada de buscar en las fecundas labores de su sexo, en el cumplimiento de sus sagradas obligaciones una manera práctica y efectiva de poner en movimiento sus facultades intelectuales y sus abundantes recursos físicos.

Muchísimos de los males que a diario la-

mentamos, como lacras sociales y perniciosos errores de la época provienen de la ociosidad que es la madre de todos los vicios, y yo añado, de todas las locuras, las ridiculeces, y las extravagancias que constituyen esta plaga desastrosa, que con la diversidad de sus inconcebibles normas y usos asola a la humanidad de nuestros días. Porque ociosidad no solo es "estarse continuamente mano sobre mano sin hacer nada," lo es también malgastar el tiempo en multitud de detalles superfluos y mundanos; ociosidad es también pasar horas y horas en un arreglo personal exagerado y provocativo; ociosidad es también vagar por las calles sin ton ni son causando el escándalo o el mal pensar del prójimo: ociosidad es también pasarse horas y horas hojeando revistas y periódicos inmundos, novelas condenadas por la moral y el espíritu cristiano; ociosidad es también, oírlo con atención, esas reuniones de moda en que, si las mano se mueven para hacer crochet o algún te-

jido de lujo, la lengua se encarga de destrozar la reputación del prójimo. Ociosidad es pues, todo aquello que no tiene un fin nobilísimo de elevación en el pensamiento; que carece de energía en la voluntad y que no obra directamente en el bien propio y en el de los demás.

El trabajo intelectual es el que gobierna la actividad humana.

El Cristianismo sostiene y vivifica esta doctrina del Trabajo, santificándolo e iluminándolo con el ejemplo de Jesucristo quien al venir a este mundo, rehusó la púrpura de los reyes, el oro de los alcázares y palacios, para tomar el cincel del obrero y la modesta vivienda de un carpintero.

¿Que todos tenemos que trabajar? Absolutamente todos; y más que como castigo, Dios impuso esta ley a la humanidad a modo de preservativo para mantener malas inclinaciones, y las pasiones desordenadas, bajo el imperio de la Fe y de la Razón.

Oro y Oropel

—¿Es lo mismo caridad que filantropía?

—De ninguna manera. Vamos a señalar sus diferencias para que el cristiano lector conozca lo que es oro puro y lo que es oropel.

1º—La caridad es una virtud divina.

2c—La caridad tiene por objeto el amor al hombre por amor a Dios.

3g—La caridad obra por impulsos divinos.

4z—La caridad no rehuye la visita de los pobres; va a buscarlos a los hospitales y a las miserables viviendas.

5º—La caridad es universal.

6º—La caridad abraza al alma y al cuerpo.

7c—La caridad es siempre beneficiosa.

1º—La filantropía un sentimiento meramente humano.

2º—La filantropía (como su nombre lo indica) el amor al hombre por el hombre.

3º—La filantropía obra por impulsos humanos.

4º—La filantropía quiere levantar murallas entre los felices según el mundo y los desgraciados indigentes, para que la vista de éstos no

turbe la desenfrenada alegría de aquellos.

5º—La filantropía mira sólo al cuerpo y de una manera incompleta.

7º—La filantropía es generalmente nociva.

Por el fruto se conoce el árbol: Patentes están las obras de la caridad cristiana llevadas a cabo por la Iglesia; y las realizadas por las sectas filantrópicas. Las primeras son fundadas y consoladoras: las segundas frías y estériles.

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

NOVELA

(Continúa)

—¡Mi Juan, mi pobre Juan!...

Sin darse cuenta de ello, Elena había alzado la voz, y apenas terminó de pronunciar estas palabras, abrióse suavemente la puerta de la habitación contigua, y apareció en el umbral D^a Isabel de Azor.

La vacilante marcha de la anciana parecía aún más incierta que de costumbre, y, alarmada, interrogó:

—¿Qué te sucede, niña?...

—Nada, abuelita—contestó aquélla, logrando por un supremo esfuerzo de voluntad recobrar su tranquilo acento.

Desde que la venerable figura de la viejecita se destacó en la puerta, los dos jóvenes se levantaron instintivamente, y Elena, mirando a Roberto con verdadera angustia, puso un dedo sobre sus labios, implorando silencio.

Comprendió el ingeniero por este expresivo ademán que la señorita de Mendoza deseaba, ocultando su presencia, evitar las suspicacias de D^a Isabel y ganar tiempo para prepararla paulatinamente a la certeza de su desgracia. Por lo cual, al cabo de unos segundos, con gran sigilo, de puntillas, procurando no hacer el menor ruido, dirigióse a la salida, no sin haber antes estrechado efusivamente la mano de Elena, diciéndole casi más con el movimiento de los labios que con las palabras:

¡Volveré!...

El oído de la ciega era demasiado sutil para no percatarse de que ocurría algo anormal, y súbitamente demandó:

—¿Estás sola?...

—Sí, abuelita—replicó algo confusa, la joven, al verse obligada a mentir, bien a su pesar.

La anciana, después de una ligera pausa, prosiguió:

—Me parece que al despertarme te oí gritar: "¡Juan, mi pobrecito Juan!..."

—No sé... Acaso... ¡Eso no tiene nada de particular!... Ya sabe usted que a menudo pienso en él...

—Es natural, hija mía, y hoy tal vez con más motivo... Te ha impresionado sin duda la carta del editor pidiendo tu consentimiento para la segunda edición de *Dos corazones*

—Quizá... ..

—¡Pobre Juan de mi vida!.. ¿Te acuerdas cuánto deseaba escribir un libro?... Era su sueño dorado ver su nombre impreso en la portada. "¿Lo conseguiré alguna vez?..." me decía cuando, apenas adolescente, confiaba a la vieja abuela sus ambiciones de gloria... Hoy, si, lo que ya no espero, nos fuese devuelto, vería milagrosamente cumplidos sus anhelos al contemplar su nombre en la cubierta de una obra que él no ha escrito.

—Abuelita—interrumpió azorada Elena, observando que aun no se había marchado Sandoval,—¿para qué recordar estas cosas que la entristecen?

—¡Déjame!—respondió la anciana, sin hacer caso de la interrupción.—Lejos de apenarme, por el contrario, me complace hablar de ello.—Y continuó:—Con seguridad, achacaría Juan tal maravilla a la varita mágica de una hechicera benéfica; y al suponer esto no andara muy desacertado. Elena mía; ¿qué más hada que tú... Tú, con los talismanes del talento, de la bondad y de la modestia, hiciste el prodigio. El amor filial y el afán de aumentar recursos para cuidar a esta pobre vieja, fueron los acicates que estimularon tu inteligencia para escribir la novela, obligándote la modestia a ocultar tu nombre con el de Juan

Roberto, que había conseguido deslizarse poco a poco casi hasta el patio, detúvose impulsado por repentino interés cuando doña Isabel comenzó a hablar de *Dos corazones*. Y al oír sus últimas palabras, no pudo

reprimir un movimiento de asombro, que le hizo tropezar en la puerta. Elena, avergonzada, bajó la cabeza; mucho le contrariaba ver descubierta su inocente mentira, justamente ante la persona con quien más anhelaba guardar el incógnito.

—¿Qué pasa?—exclamó la anciana, levantándose.—¿Qué es eso?... ¿Quién anda ahí?...

Sandoval, temiendo que la ciega se acercase adonde él estaba y se diese cuenta de su presencia, huyó precipitadamente, en tanto que la preciosa joven, encendida en rubor, contestaba:

—Es que Pepilla se ha dejado la puerta abierta, y ha dado un portazo. Voy a cerrarla.

XXI

INCERTIDUMBRES

Roberto llegó al hotel en un estado de ánimo difícil de explicar. Entró en su cuarto, y, dejándose caer en una butaca, se puso a reflexionar, intentando poner orden en aquel confuso torbellino de ideas y de sensaciones que embargaban su pensamiento y su voluntad.

Causóle no poco asombro saber que era Elena el autor de *Dos corazones*, y arrepentíase de su indiscreta curiosidad, recordando la dolorosa turbación de la joven al ver descubierta su bien guardado incógnito.

—En todo es distinta de las demás mujeres—dijose a sí mismo;—lo que hubiese causado vanidad a otras, ella lo oculta con modestia incomparable... Rara vez se encontrarán reunidos tanto talento, tanta belleza, tanta gracia, tanta bondad...

Y al pretender analizar lo que experimentaba en lo más íntimo de su ser, parecía cual si, hallándose en profundas tinieblas, un esplendente fulgor hubiese rasgado de improviso las sombras que envolvían su alma... Y esa radiante luz surgía de los hermosos ojos de Elena de Mendoza.

Entonces recordó de nuevo las insinuaciones de *misía* Elisa y al recordarlas notó que

se apresuraban el ritmo de su sangre y los latidos de su corazón.

—La señora de Gutiérrez adivinaba—dijose interiormente con intensa emoción.—Ya no puedo dudarle... Elena me quiere... ¿Por qué, si no, lloraba creyéndose sola y sin testigos cuando leía el anuncio de mi proyectado enlace?...

Y en el fondo de su pensar, comparó a la gentil muchacha, modelo de pudor y dignidad, que procuraba ocultar todos sus sentimientos en lo más profundo de su alma, con Matilde, que sin el menor recato hizo gala de los suyos. De aquella comparación salió triunfante la primera.

Roberto no era presuntuoso y con modestia muy rara en los hombres se preguntó:

—¿Cómo he podido yo conquistar ese noble corazón, del que tan indigno me reconozco?...

A esta demanda respondióse:

—Esa niña, toda abnegación, sabe que a veces las almas, aun más que los cuerpos, necesitan hermanas de la Caridad que cierran sus heridas y ella ha sentido ansias de curar las que, con su mágica percepción de mujer buena, ha adivinado que sangraban en la mía... La compasión, una vez más, sirviendo de introductora al amor...

Pensó Sandoval volver a casa de la señora de Azor al siguiente día, aprovechando la hora de la siesta, para encontrar sola a la joven y poder manifestarle sus dudas y sus ilusiones, sus tristezas y sus esperanzas... Quería rogarle que fuese el ángel bueno que le llevase tranquilidad y paz, ilusión y amor. Mas luego reflexionó y estas reflexiones hicieronlo cambiar de parecer... Si hablaba entonces, acaso creyese Elena que lo hacía por pagar su deuda de gratitud a Manuel González y la señorita de Mendoza era demasiado altiva para aceptar limosna de cariño. Además, deseaba probarse en el yunque de la ausencia y la distancia; cerciorarse de que no eran exaltación momentánea aquellos sentimientos tan dulces y tan nuevos para él... Nuevos, sí, porque bien echaba de ver Sandoval que su naciente amor parecía for-

mado de otra esencia distinta del primero, inspirado por Matilde. Fué aquel fuego y pasión que le abrasaba el alma; era éste luz que la iluminaba y se fundía en ella.

Sí, sí, preferible era callar y volver, pasados unos meses, con el corazón renovado, sin desconfianzas, sin recelos, lleno de ternuras y esperanzas.

No dejaba de causarle desagradable impresión recordar a Matilde. ¿Qué diría al enterarse de sus propósitos? Pronto desechó este pensamiento exclamando:

—Al fin y al cabo ningún compromiso nos ligaba ahora. Ella sí lo tenía conmigo cuando me abandonó para casarse con otro... "Donde las dan, las toman..." Y sonrióse, porque vino a su memoria su última entrevista en San Sebastián con la hermosa viuda; y aquel enojo y aquella rabia que no supo disimular y de la que pretendió hacer responsables a sus nervios, inocentes, con toda certeza, de la falta que les imputaban.

Encendió un cigarro y las espirales del humo, que semejaban túnicas y gasas flotantes de ninfas y aparecidos, trajeron a su memoria la pesadilla que tuvo en el tren antes de llegar a la estación de Burgos y dándose un golpe en la frente exclamó:

—Cualquiera diría que el sueño, más que sueño era una predicción... Elena ofreciéndome la felicidad en lontananza... Matilde, con sus astucias y sus coqueterías, pretendiendo poner entre los dos un abismo infranqueable... y Manuel González surgiendo a salvarme por segunda vez; pues si la primera le debí la vida, ahora le seré deudor de mi ventura. Sin su nombre, pronunciado tan a tiempo, no hubiese ni vuelto a ver a Elena, ni recibido estas saludables impresiones que han abierto los ojos de mi alma.

Siguió dando vueltas en su cabeza a todas estas ideas, tomó y desechó distintas resoluciones y al fin, después de meditar el pro y el contra, decidió, ya que no alcanzaba el tren de aquella tarde, marcharse a Sevilla en el primero de la mañana siguiente y emplear allí las horas que transcurriesen des-

de su llegada hasta la salida para Madrid, en admirar de nuevo algunas de las maravillas que tanto le gustaron en la capital de Andalucía.

En la corte, sin detenerse más que las horas precisas, tomaría el sud-expreso; tenía prisa por encontrarse en San Sebastián, donde se proponía dejar arreglada de una vez su situación con Matilde.

No se atrevía a permanecer en el Puerto hasta el tren de la tarde que le llevaba directamente a Madrid, ahorrándole la espera en Sevilla, para no caer en la tentación de volver a casa de Elena. Preferible era no verla si había de cumplir el plan que se trazó. Mas, como no podía irse sin disculparse, tomó la pluma y se dispuso a escribirle.

Lo menos nueve o diez cartas rompió hasta hallar una fórmula que juzgase medio regular. Desgarró algunas, por demasiado expresivas; otras, por demasiado soas. La primera, porque no hablaba de *Dos Corazones*; la segunda, porque pensó después que era más delicado no hacer mención de un secreto sorprendido contra la voluntad de su dueña. Parecíanle éstas, muy largas; aquéllas muy cortas. No faltó otra en la que desmentía categóricamente la noticia de su casamiento con Matilde; pero también fué condenada al cesto de los papeles; creyó presuntuoso hacer refertencia a un asunto de cual Elena nada le dijo; sí, mejor era callarse haciéndole comprender veladamente con alguna breve frase, que sólo ella le interesaba. Contentóse en una con incluir un cheque de las doscientas mil pesetas dentro de la carta, metido en un sobre que decía "Dinero perteneciente a Manuel González". Comprendió luego, que no resultaba muy correcto el modo de enviárselo y comenzó otra dándole algunos detalles —justamente los precisos —sobre este particular. Al fin, a la novena o décima carta que redactó, perdió la paciencia y aunque no le satisfacía, decidióse a mandar la última escrita, por juzgarla la menos mala.

¿Qué trabajo le costó a la pobre Elena contener sus lágrimas y hablar y reirse con

la abuelita, durante aquel interminable día!

Por fortuna para ella, doña Isabel, apenas terminada la comida, demostró deseos de acostarse; había dormido poco la noche anterior, medianamente a la hora de la siesta; y sentíase algo cansada.

Sabía Elena que en cuanto la anciana se durmiese podría con toda tranquilidad dejar libre curso al llanto que pugnaba por salir de sus ojos..., que le abrasaba el pecho... sin temor a ser oída por su abuela. La buena señora, nunca solía despertarse en el primer sueño.

Ayudóle Elena con exquisita ternura y solícitos cuidados a desnudarse y a meterse en la cama; dióle un sin fin de besos y puso luego todo en orden en la modesta estancia.

Instantes después, la respiración igual de la ciega, hizole comprender que dormía.

Pasó entonces a su cuarto, contiguo al de doña Isabel; la puerta que los separaba quedaba de par en par; así la joven, que tenía un sueño muy ligero, podía acudir al menor llamamiento de su abuela.

Cerró con llave la otra puerta próxima al patio y dió rienda suelta a sus lágrimas, que brotaron a raudales, cual torrente larga tiempo contenido. Poco a poco se fué calmando y un dolor más tranquilo, aunque no por eso menos grande, sucedió al primero.

¿Qué día aquel tan fecundo en desdichas para la sin ventura! La primera, la mayor, la que más cruelmente hacía sangrar su corazón, era sin duda la triste certeza de la pérdida de aquel hermano adorado, única esperanza de la familia. Pero también unían a este intenso pesar, sus dedaditas de hiel, la impresión que le causó leer en el A B C la velada noticia de la boda de Sandoval y el pensamiento de no ser ella extraña a su desdicha, por haberle impedido escuchar la conversación del jardín. Recordaba además, con particular desagrado, la vergüenza que sintió más tarde al ver de improviso descubierto ante él ese incógnito que tanto deseaba guardar. ¿Qué habría pensado de ella? Todo le faltaba a un tiempo, esperan-

zas de lo porvenir e ilusiones de lo presente.

Interrumpieron sus meditaciones unos ternos golpecitos que sonaron en la puerta del patio. Para que Pepilla no viese sus lágrimas, apagó la luz; y a tientas, dirigióse a abrir.

—¿Que se te ofrece? —interrogó a la criadita.

—Entregar a usted esta carta; la trae un mozo de Vista Alegre.

—Bien, dáme-la.

—El señor que la ha escrito pide le devuelvan *firmado* el sobre.

Elena, puso un enchufe que usaba como lamparilla, para que la luz fuese muy escasa, rasgó el sobre, y después de sacar su contenido, y dejarlo sobre la mesa, lo firmó, alargándose lo a Pepilla. Esta lo tomó preguntando:

—¿Señorita, quiere used que vuelva ahora a desnudarla?

—No, gracias; es muy temprano. Pero tú, si has acabado tus quehaceres, acuéstate; yo no te necesito...

Apenas se retiró la criada, dió Elena más luz, sentándose delante de la mesa para leer su carta, en tanto que pensaba:

—¿De Vista Alegre!... Sólo de Sandoval puede venir esta misiva.

Y era tan grande su emoción que, casi no se atrevía a cogerla. Al fin consiguió dominarse y la desdobló sin percatarse que al hacerlo caía sobre la mesa un papel. No sin trabajo, pues las lágrimas le nublaban la vista, leyó lo siguiente:

“Mi distinguida y buena amiga: “El hombre propone y Dios dispone”. Me prometía tener el gusto de volver mañana a su casa, como le ofrecí y era mi deseo, cuando recibí un telegrama que me obliga a ir a Sevilla en el primer tren.

“Excuso decirle cuánto lamento marcharme sin despedirme de ustedes; pero comprendiendo que no son estas horas de hacer visitas, me privo del placer de saludarlas. Muy de veras lo siento, le repito. Era además para mí un gran consuelo hablar de Manuel González —perdóneme, he querido

decir de Juan de Mendoza— con personas tan allegadas a él, que saben, como yo, conocer y admirar todas las bondadas de aquel noble corazón.

“La inesperada presencia de la respetable señora de Azor interrumpió esta tarde nuestra plática, cuando me disponía a tratar con usted un punto interesante, al que sólo había hecho ligera referencia; aludo a la fortuna de su hermano. Ya le dije que a más de su sueldo tenía consignada una pequeña participación en las ganancias. Como el negocio empezaba, al morir él era insignificante su capital; pero la empresa en la cual quedó empleado reportó grandes beneficios y además la acumulación de rentas lo aumentó considerablemente. Al liquidar mi parte, hice lo mismo con la suya, ante la esperanza de encontrar en España a su familia y poder entregarles lo que sólo guardaba como depósito sagrado. Hoy tengo la satisfacción de enviar a sus herederos ese cheque de doscientas mil pesetas, pagadero en Cádiz, cantidad que legítimamente les corresponde, se lo aseguro; y si no fuera bastante mi palabra para convencerla pregúnteselo a su buena amiga la señora de Gutiérrez; está enterada de todo tan bien como yo y le ratificará cuanto le expongo.

“Cuando su abuelita sepa la triste noticia de su desgracia, suplicole exprese en mi nombre a esta bondadosa señora lo grande y lo sincero de mi pesar y le diga que para llorar y sentir a su nieto no hay dos corazones, sino tres.

“Y ahora un ruego... Al pensar en Juan de Mendoza, recuerde alguna vez al que fué su amigo y se marcha lejos para hacerse digno de... serlo también de usted algún día... Muchas otras cosas querría decirle... pero no es ni la ocasión ni el momento oportuno.

“Hasta pronto; no me despido; espero que en breve nos volveremos a ver Mucho y de veras lo desea su muy devoto.

Roberto de Sandoval”.

Terminó Elena de leer esta carta que

tan diversas e intensas emociones le causara y al soltarla sobre la mesa vió el papel que había caído de ella cuando la desplegó. Era el cheque enviado por Roberto. El primer impulso de la joven fué devolvérselo inmediatamente... ¡La vida de su hermano no se pagaba con dinero! Mas tornó a leer las explicaciones de Sandoval y después de llamarse injusta y orgullosa, murmuró:

—Ya lo dice él, esta suma no es suya; y para convencerme apela delicadamente al testimonio de la señora de Gutiérrez... No, yo no tengo el derecho de renunciarla.

Y añadió profundamente acongojada:

—¡Bendito seas, Juan de mi alma! Aun después de muerto has asegurado el bienestar de los tuyos...

Creía Elena que no le quedaban más lágrimas que llorar y pronto tuvo pruebas de lo contrario; un nuevo torrente de ellas brotó de sus ojos.

No dejaba de ser lenitivo en su desgracia el pensar que Juan hubiese perdido la vida tan noble y valerosamente por salvar la de un semejante. Mas severa consigo misma, preguntóse la joven con terror si ese consuelo era debido a la admiración causada por aquel hermoso acto de abnegación y amor al prójimo, o precisamente porque este prójimo se llamaba Roberto de Sandoval.

Furiosa contra su propio sentir, exclamó:

—¡Y a mí qué me importa ese hombre!... Inflexible, su conciencia le argüía:

—¡Te engañas!...

Ella, cerrando los ojos a la luz y los oídos a la verdad, repetía:

—No me importa, no me importa.

Y al cabo de algunos segundos, rectificó:

—No debe importarme... Yo no tengo ya derecho a pensar en él... Pronto será el marido de otra.

Y un desconsuelo infinito inundó su corazón.

Quando logró calmar su excitación y comenzó a reflexionar, extrañóle no poco la repentina marcha del ingeniero a Sevilla,

donde no conocía a nadie, pues Curro Mínguez aun no había vuelto

—¿Será — se demandó cavilosa — que no quiere verme por haber descubierto mi engaño sobre *Dos corazones!*... Más de una vez le he oído decir que él lo perdonaba todo, menos las mentiras y los fingimientos... Quizá me desprecie... Aunque si escuchó las reflexiones y los comentarios de la abuelita, estos hablaban muy alto en mi favor y me absolvían de la culpa, si culpa fué...

Al llegar a este punto, como fuegos fatuos, como lucecitas de alegría revolotearon por su mente otras ideas.

—Si me despreciase—pensaba,—terminaría su carta de bien distinto modo.

Y tomando de nuevo la misiva, tornó a leerla, murmurando:

—Me pide que le recuerde, que piense en él... Me asegura que anhela ser mi amigo. Y, además... ¡Puede significar tanto esta frase!... "Muchas otras cosas querría decirle..., pero no es ni la ocasión ni el momento oportuno..." ¿Será falsa la noticia de su boda?...

Y Elena notó que, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo, palpitaba su corazón con más violencia, y fulgores de esperanza pretendían introducirse en su alma.

Pronto el frío raciocinio volvió a tomar posesión de su cerebro y exclamó:

—¡Estoy loca! ¡Cuándo disparate he imaginado!... ¿Qué soy yo para él?... Antes, nada. Ahora... ¡ahora la hermana de Manuel González, al que debe la vida.

Una idea súbita surgió entonces en su mente, la misma que Sandoval tenía se le ocurriese, y añadió con noble altivez:

—No quiero limosnas de cariño, impulsado por la gratitud.

En aquel instante, D^a Isabel se movió en la cama, y el pensamiento de Elena al oírlo voló entero hacia su abuela, balbuceando:

—De ella, de ella sólo debo ocuparme... ¿Qué haré, Dios mío?... ¿Con quién consultar en tan difícil situación?... Acaso sea mejor ocutarle nuestra desgracia. Aunque desde hace tiempos llora por muerto a Juan,

ahorrémosle la certidumbre de ello; que no sufra, como sufro yo.

Y luego, cambiando de parecer, murmuró:

—¡Sí..., pero entonces la privo del consuelo; triste consuelo, es verdad, pero consuelo al fin, de saber que Juan murió como un santo y como un mártir, pensando en nosotros, dando la vida por su bienhechor!...

Y en apoyo de esta idea recordó la joven las muchas veces que oyó decir a D^a Isabel:

—Si supiese siquiera que el fin de su vida fué como debe de serlo el de un buen cristiano, mi pena me parecería menos amarga... Todo es preferible a esta absoluta carencia de noticias.

Y Elena continuó diciéndose:

—Además..., ¡cuál no será su alegría al enterarse que somos dueñas de una modesta fortuna, y que fué Juan, su nieto adorado, el que ganó los cuarenta mil duros que aseguran nuestro porvenir!...

Y volviendo a sus indecisiones, tornó a preguntarse:

—Debo destruir en el alma de mi abuelita una esperanza ya remota, en la que ya casi no confía?... ¿He de callarme y dejarle ignorar que su nieta queda al abrigo del desamparo y de la miseria?... Mañana lo meditaré despacio e iré a consultarlo con mi confesor, el padre Latorre, tan prudente en el juicio como sabio en el consejo.

Doce campanadas sonaron en aquel momento, y Elena exclamó:

—¡Las doce!... Más de tres horas hace que me revuelvo en esta batahola que me enloquece.

Y, levantándose, se desnudó de prisa, rezó con verdadero fervor cortas oraciones y se acostó. Contra lo que ella esperaba, quedóse instantáneamente dormida.

Si alguno hubiese entrado en el blanco cuartito, tan sencillo, tan limpio, tan ordenado, le causara no poca sorpresa observar en aquel rostro de ángel, unido a las huellas de recientes lágrimas, el dulce sonreír de los rojos labios. Y es que en su sue-

ño, Elena releía cien veces:

"Al pensar en Juan de Mendoza, recuerde alguna vez al que fué su amigo, y se marcha lejos para hacerse digno de serlo también de usted algún día..."

XXII

ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Algo perplejó llegó Roberto a San Sebastián. No es que hubiese disminuído lo más mínimo su entusiasmo por Elena; no es que vacilase en propósitos hechos, ni en resoluciones tomadas, ¡no! Es que aun le quedaba el hueso por roer. Sus explicaciones con Matilde ni iban a ser, precisamente, grano de anís.

La hermosa capital donostiarra recibió bien al viajero; la mañana estaba deliciosa, invitaba a pasear, haciendo honor al tibio ambiente, al claro sol y a las perfumadas brisas que ofrecía. Tal fué, sin duda, la opinión de un respetable señor que se disponía a salir del hotel; era alto, fuerte y ostentaba incipiente calva y cabello y bigotes casi blancos. Iluminaban su faz rubicunda grandes ojos azules, de mirar tan ingenuo y bondadoso, que casi daban ganas de reír aquellos ojos de expresión de niño en aquel corpachón de hombre maduro. Al observarle, sentíase la impresión de que el tal señor debía de ser alguna de esas personas que han visto y mitigado muchos sufrimientos, quedando grabada en sus pupilas esa infinita dulzura del que supo compartir y aliviar dolores ajenos. Era, en una palabra, uno de esos viejos con alma de niño que viven para derramar el bien a su paso.

Cuando llegó Roberto de la estación, cruzóse en el patio del hotel con el desconocido. Miráronse ambos, oyóse una exclamación de alegría y un apretado abrazo unió a los dos hombres, en tanto que decía Sandoval:

—¡Doctor Tejada!... ¿Cuándo ha venido usted? ¡Yo le creía en Buenos Aires!

—Llegué anoche en el sud-expreso. Suspendí mi viaje el mes pasado, casi a punto

de embarcarme, porque recibí un cablegrama de mis hijos avisándome que pensaban dar un paseíto por Euròpa en octubre. En vista de eso, decidí esperarlos aquí. Conoce usted mi predilección por esta hermosa ciudad, y ya que no la he visitado antes, como otros años, a causa, primero, del proyectado viaje, y luego, por no dejar a una enferma grave que tenía en París, se me ha ocurrido venirme a pasar el resto de setiembre.

—¡Cuánto me alegro!

—Y usted, ¿de dónde sale a estas horas con maletas y pertrechos de viajero?

—Regreso de una pequeña excursión por Andalucía.

—Seguro estaba de encontrarlo aquí, amigo.

—¡Claro! La cosa no era muy difícil de adivinar; fué usted el que me recomendó este hotel.

—Es cierto. Pero podía haberse ido. No me refiero a eso.

—No le entiendo, entonces.

—Pues ya me comprenderá... "La sogá, tras el caldero".

—¡Me habla usted en enigmas, doctor Tejada!...

—¡Ah! Por lo visto desea que le regale el oído y voy a tener que darle gusto. Precisamente, el mayor de mis vicios es complacer a las personas, siempre que esté en mi mano, para desquitarme de los malos ratos que paso haciendo sufrir a los enfermos y privándolos de sus antojos. Por Horacio Suárez sé que su sobrina continúa aquí y, por consiguiente, calculaba que usted no se habría marchado.

—¿Se refiere a Matilde Suárez? —preguntó Roberto.

—Sí, hombre, a la viuda de Scott.

—Pero ¿acaso se figura que mi venida a San Sebastián tiene nada que ver con Matilde?

—La de usted, no; pero la de ella con la suya, sí.

—Continúo en ayunas, mi queridísimo amigo; hágame el favor completo y hableme sin reticencias.

—Todos ustedes son iguales; aun a los más listos, en cuanto se trata de mujeres, se les oscurece la inteligencia; tendré que ponerle los puntos sobre las íes. Matilde vino porque sabía que el señor don Roberto de Sandoval se encontraba en el hotel du Palais.

—¡Eso es imposible! ¿Por quién iba a saberlo?...

—Pues, sencillamente, por este cura.

—¡Eh! ¿Qué dice usted? —interrogó Roberto.

—Parece que le satisface la noticia.

—Mucho más de lo que usted cree—respondió Sandoval. Y añadió: —No estamos bien en este sitio para hablar, querido doctor; véngase conmigo y mientras me arreglo un poco me refiere eso y me hace compañía; yo, en cambio, le prometo recompensarle el rato de paseo que me sacrifica, yendo con usted a otro muy de su agrado.

—Trato hecho —contestó el galeno.— Dentro de cinco minutos estoy en su cuarto. Voy a entregar unas cartas para el correo y en seguida subo.

Aprovechó Roberto esos instantes de soledad para terminar en su mente la combinación de un plan surgido cual relámpago al escuchar a Tejada. Cuando éste dijo a Sandoval que Matilde había ido allí expresamente a buscarle, comprendió el ingeniero muchas cosas que antes no se explicaba: la indiscreta ligereza de la Marquesa de Roca Zafir, contando casi a extraños las desventuras de su amiga, era el primer acto de la comedia fraguada para inculcar en su ánimo la idea de que Matilde siempre le había querido; la aparición de ésta aquella misma noche en la terraza, su conato de desvanecimiento al verlo, pretendiendo simular intensa emoción por el inesperado encuentro, pura ficción; sus disculpas llenas de humildad, sus frases melosas, sus miradas ardientes..., continuación del plan trazado. Y, con asombro, observó que, en vez de sentir enojo al percatarse de aquel segundo engaño de Matilde, experimentaba una alegría infini-

ta, cual si le quitasen un peso muy grande de encima.

Oyó Roberto que se acercaban los pasos del doctor y se dijo:

—Ahora soy yo quien debe disimular. Todas las armas son buenas contra ella. Es preciso hacer hablar al doctor Tejada, que me diga cuanto sabe de Matilde. Por la amistad íntima que le une con su tío Horacio Suárez acaso esté enterado de muchas cosas que a mí me convendrá conocer... Con pretexto de halagar las aficiones marítimas de Tejada me lo llevo a dar un paseito en bote hasta la isla de Santa Clara. En el mar, son más difíciles los encuentros. Yo necesito que Matilde ni le vea ni sepa su estancia aquí; quiero cogerla desprevenida y poder interpretarla aprovechando su sorpresa, sin dejarle tiempo para preparar un nuevo enredo.

Dieron unos golpecitos en la puerta, y Sandoval abrió en seguida.

—A sus órdenes, amigo mío —exclamó entrando en el cuarto el sabio galeno.

—Y yo siempre a las suyas —replicó Roberto.

—Muchas gracias.

Deseando el ingeniero saber a ciencia cierta si el doctor había visto ya a Matilde, demandó:

—¿Ha visitado usted a alguno de sus compatriotas?

—Todavía no. Como llegué anoche...

—¡Qué alegría van a tener! —interrumpió Sandoval.— Para que el efecto sea mayor, no se presente hasta la hora del almuerzo. A la una suelen reunirse todos en la terraza, un rato antes de pasar al comedor. Y ahora, vamos a dar el paseo prometido. Tomaremos un bote; si podemos, llegamos hasta Santa Clara; si se nos hace tarde, regresamos cuando se nos antoje. Y observe, que al elegir paseo no he olvidado sus gustos predilectos... ¡En marcha! Ya estoy listo.

—Es usted un buen muchacho y merece recompensa. Dispuesto estoy a seguir nuestra conversación.

(Continuará)

El Corazón

I

1.—El corazón es, no solamente el centro del hombre, sino también el centro del mundo y el centro de Dios.

2.—Ningún rosal tiene a la vez tantas rosas y espinas como el amor.

3.—Cuanto más grande es un corazón, tanto más grande es su soledad y su desierto.

II

1.—El corazón es el centro de gravedad de la Historia, de la Literatura y del Arte: no por que el hombre ama mucho, sino porque ama mal.

2.—¡Cuánto progresarían las naciones, si aprovecharan bien esos ríos de agua que salen del mar y van al mar, y esos ríos de sangre que salen del corazón y vuelven al corazón!

III

1.—La mayor parte de las locuras no provienen de trastornos de la mente, sino de trastornos del corazón; ¡cuántos perdieron la cabeza por haber amado con poca cabeza!

2.—¡Qué terrible sería el amor del pobre corazón humano, si no fuese tan impotente!

IV

1.—La hoguera del amor es más imponente en los días de tempestad, que en los días de bonanza.

2.—No es muy grande el amor cuando sus dones se aprecian más "por lo que son," que "por lo que significan."

De "Verbum," Guatemala.

Don Alberto Chaverri Alfaro

Don Alberto Chaverri fue uno de esos hombres profundamente cristianos, fundó su hogar con la honorable matrona doña María Luisa Rojas Ruiz, esposa virtuosa que dirigió aquel hogar en unión de su esposo con la sabiduría que ordena el Evangelio y en el que sus numerosos hijos fueron la alegría de sus padres en los días prósperos y el consuelo en los días de prueba; todos esos hijos lloran hoy con profundo dolor la partida de su querido padre a la mansión donde moran los justos que cumplieron estrictamente con la Ley de Dios. Ese hogar tuvo la dicha de celebrar sus Bodas de Oro en unión de sus hijos, familiares y

amigos y además quizá la gloria más grande que tuvieron fue la de ofrecerle un hijo como sacerdote a Dios, dicha incomparable para el que tiene verdadero amor a Dios.

Don Alberto fue educado en el Colegio de San Luis Gonzaga, cuando lo regentaban los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, y a ello se debe el hombre honorable, recto y profundamente religioso. Damos nuestro más sentido pésame a su distinguida familia y muy especialmente a su afligida esposa y al muy querido señor *Cavónigo don Miguel Chaverri*. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Miguel.

ACCION DE GRACIAS

Doy infinitas gracias al Santísimo Sacramento del Altar, a la Santísima Trinidad y a la

Virgen Santísima por un favor alcanzado de su misericordia.

Albertina Castro.

Río Segundo.

Algunos pasajes de la Vida de la Madre Santa Eufrasia Pelletier

PREFACIO

(Tomados de su Vida, escrita por dos de sus hijas de Barcelona)

"Rosa Virginia Pelletier, en religión Sor María de Santa Eufrasia fundadora y primera Superiora General del Buen Pastor de Angers, ocupa un lugar muy distinguido en la legión de mujeres fuertes que Dios suscitó en la Iglesia en los comienzos del siglo XIX, tales como Magdalena Sofía Barat, fundadora del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús; la Venerable Juana Jougán, fundadora de las Hermanitas de los Pobres; y la Beata Joaquina de Vedruna, fundadora de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, por no citar más que algunas de las insignes, cuyos Institutos han alcanzado en cierto modo los honores de la catolicidad, por haberse dilatado por todas o casi todas las partes del mundo.

Alma de temple netamente apostólico, animada por el ardiente celo por la conversión de las almas, y sobre todo de esas criaturas desgraciadas a quienes el mundo y las más degradantes pasiones sepultan en la charca infecta de la sensualidad y de los más ominosos vicios, concibió y llevó a cabo el proyecto hermosísimo de sacarlas de la abyección en que las han atrojado unas veces la miseria y la inexperiencia, otras la vanidad y el deseo de placeres prohibidos, otras el engaño y la malignidad de seres pervertidos: y siempre la malicia espantosa de Satanás y del mundo corrompido y corruptor.

Arrancar a estas almas desgraciadas de las garras del vicio, convertirlas, rehabilitarlas y aun preservarlas de caer en ellas, tal fue el anhelo constante y vehemente de la Madre Pelletier durante casi medio siglo que consagró a esta obra maravillosa, venciendo toda clase de dificultades y obstáculos que se le atravesaron en esta noble empresa, y aceptando gustosa toda suerte de humillaciones, contrariedades, adversidades, penas y tribulaciones sin cuento, que el enemigo del género humano suscitó contra ella, valiéndose de personas de

quienes al parecer menos debía esperarlas.

Otros Institutos Religiosos tienen por fin inmediato aliviar las dolencias y enfermedades corporales, o bien ofrecer un asilo confortable y prestar sus servicios caritativos a la vejez abandonada o a la infancia desamparada; la Madre María Santa Eufrasia fijó sus miradas más allá de los cuerpos; quiso cuidar y curar ante todo las enfermedades del alma, que escapan a la vista atolondrada del mundo, que compadece de ellas. Requiere la mirada penetrante y pura de un alma santa para ver esas llagas, apreciar su gravedad y apiadarse de ellas, y es necesario además el valor indomable de un héroe para emprender la tarea de aplicarles remedios apropiados y eficaces: y esta tarea heroica al par que nobilísima fué la que llevó a cabo el celo infatigable y ardentísimo de la Madre Pelletier, dedicando todos sus desvelos y esfuerzos a hacer la guerra al pecado, a curar las heridas y las llagas, apreciar su gravedad y apiadarse de ellas; y es necesario además, el valor sobrenatural, la belleza de la vida verdaderamente cristiana y piadosa que es preludio y presagio esperanzador de la celestial y eterna.

A conseguir este fin se encaminaban los Refugios fundados por San Juan Eudes a mediados del siglo XVII, y destinados a la conversión de jóvenes extraviadas y a las mujeres penitentes. Las religiosas de la nueva Orden a los tres votos religiosos ordinarios añadían un cuarto voto, a saber: el de consagrarse enteramente a la moralización de dichas jóvenes extraviadas y mujeres arrepentidas que se retiraban para hacer penitencia a los mencionados refugios. Estos eran autónomos, puesto que su fundadora, siguiendo el ejemplo de San Francisco de Sales al instituir la Visitación de Santa María, o sea, las Salesas, no creyó conveniente ligar entre sí los diversos establecimientos de su nueva Orden.

A la muerte de San Juan Eudes, acaecida el 19 de agosto de 1680, dejaba establecidos cuatro Refugios; el de Caen, que siempre fue considerado como el principal, aunque sin ejercer autoridad alguna sobre los demás; los de Rennes, Guingamp y Hennebont, el cual desapareció en 1687. Más tarde se fundaron los de Vannes, Tours, La Rochelle y París; de suerte que al sobrevenir la Revolución Francesa sólo contaba el Instituto siete Refugios completamente independientes unos de otros. Pasada la horrorosa tormenta volvieron a levantarse la mayor parte de ellos y además fueron fundados los de Versailles, Nantes y Lión; por manera que después de dos siglos de continuos esfuerzos, la obra de San Juan Eudes apenas había alcanzado la cifra diez Refugios, sin que ni uno solo hubiera traspasado la frontera de Francia. Entonces fue cuando Dios, en su sapientísima Providencia, suscitó a la que tenía predestinada para ser la piedra angular de ese inmenso Instituto que debía albergar en su recinto a tantos y tantos miles y aún millones de almas; de vírgenes conagradas a Dios, de Magdalenas penitentes, de jóvenes extraviadas y arrepentidas o necesitadas de arrepentimiento y rehabilitación moral, y aún niñas y adolescentes a quienes era necesario preservar de la corrupción; en una palabra suscitó a la Madre María de Santa Eufrasia Pelletier para que fundara la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Abgers, que debía dilatarse rápida y prodigiosamente por las cinco partes del mundo.

A fin de prepararla convenientemente para llevar a cabo esta obra magna, transcurrida su niñez, adolescencia y primera juventud, cándida y piadosísima, la impulsó a que abrazara el estado religioso, a los 18 años de edad, en el Refugio de Tours. A los pocos años de su profesión, después de haber desempeñado durante dos trienios consecutivos el cargo de superiora, en aquel Refugio, dispuso el Señor, con miras claramente providenciales, que fuera elegida para la fundación del Refugio de Angers, el cual, según los designios divinos, había de ser la sede principal del nuevo Instituto de la Ca-

sa Madre de donde habían de salir tantas y tantas hijas suyas que debían esparcirse no sólo por Francia, sino también por toda Europa y América, por Asia, Africa y Oceanía y hasta los últimos confines de la tierra.

Impulsada por su ardiente celo de la gloria de Dios y animada de la caridad para con las almas, sobre todo para con las de las infelices jóvenes extraviadas y corrompidas de su sexo, y deseosa de convertirlas y rehabilitarlas y salvarlas, recibió la Madre Pelletier el designio genial de reunir bajo un mismo gobierno a todas las religiosas formadas por ella; y a este fin, con energía indomable y constancia a toda prueba, consigue que el Instituto por ella fundado, sea regido y gobernado por una Superiora General bajo la autoridad inmediata del Romano Pontífice y teniendo a su frente un Cardenal protector.

Más para conseguirlo se vió forzada a sostener combates penosísimos, dado su carácter amigo de la paz y a soportar humillaciones y desprecios sumamente aflictivos, que ella aceptó con heroico silencio y profunda abnegación y paciencia, a trueque de defender los derechos de la Iglesia y de su Jefe Supremo, haciendo que prevaleciera el derecho canónico, tan tabio y previsor, sobre ciertas prácticas autoritarias, inspiradas por el galicanismo, que a la sazón todavía cohabitaba en Francia. Veinte años antes de que en la nación vecina volvieran en general los espíritus a abrazar las puras doctrinas acerca de la autoridad pontifical, la Madre Pelletier combatió firme en favor de estas doctrinas; y a pesar de los tragos amarguísimos que le ocasionaron las hizo prevalecer hasta su muerte en el gobierno de su dilatadísimo Instituto, con una humildad profundísima, con una paciencia a toda prueba, y con una fortaleza inquebrantable. Puede afirmarse con toda verdad que Santa Eufrasia Pelletier ha sido en Francia durante el siglo XIX uno de los campeones más beneméritos y esforzados de la autoridad pontifical. Su corazón rectísimo, nobilísimo e indisolublemente adherido a la sede de Pedro, la condujo a Roma; y Roma comunicó a su Instituto la fecundidad propia

de las obras universales y cosmopolitas, con lo cual su Congregación prosperó maravillosamente porque supo sufrir amorosa y pacientemente por la justicia.

Fija su mente en Dios y enamorada de la belleza y de la bondad y misericordia de Jesucristo, a quien veía viviente en su Iglesia, la Madre Pelletier corre en busca de las ovejas descarriadas para conducir las a los rediles del Buen Pastor, que va levantando en todas las regiones del globo, venciendo todas las dificultades que se le atraviesan en el camino y superando todos los obstáculos que se le amontonan en él para detener su paso. Con la rectitud de su celo, fuerte y suave a la vez, desbarata los cálculos humanos, de forma que su vida, sobre todo en los últimos veinte años, viene a ser una serie continua de sufrimientos y cruces, que soporta con invicta fortaleza, en orden a mantener incólumes los derechos de su Instituto, dando con ello un ejemplo alentador a los que desean permanecer fieles a las enseñanzas canónicas de la Iglesia y quieren gozar de la santa libertad de acción que ella concede a sus nobles hijos.

A medida que avanza en su camino, ve afluir a su Congregación de todas partes almas selectas, ve multiplicarse incesantemente los conventos y contempla gozosa cómo el Señor al parecer se complace en derramar sobre ellos más y más copiosas bendiciones. No contenta con perfeccionar su obra en lo que toca a jóvenes extraviadas que se acogen o son conducidas a los rediles que iba fundando, la Madre Pelletier creó la sección de Hermanas Magdalenas y de las Penitentes consagradas, aceptó el cargo de cuidar de las detenidas en las

cárceles y condenadas por justicia humana, y extendió su solicitud maternal a acoger a las niñas y adolescentes huérfanas o desamparadas que no han caído, pero que tienen necesidad de preservación.

Al abandonar este destierro para ir a la patria a fin de recibir el premio de sus heroicas virtudes y descansar eternamente de sus inmensos trabajos, la excelsa fundadora del Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers, dejaba en la tierra uno de los más preciosos joyeles que adornan a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana: pues su Congregación abarcaba, además de la Casa Madre, 110 conventos esparcidos por las cinco partes del mundo y repartidos en diez y seis provincias. Se albergaban en ellos 2,067 religiosas, 384 novicias, 309 Hermanas Torneras, 962 Hermanas Magdalenas, 6,272 jóvenes acogidas en las clases de regeneración y 8,483 niñas y adolescentes de varias categorías; en conjunto 18,477 personas. Actualmente cuenta el instituto con 350 casas y más de 80,000 acogidas.

Tal vez sea el Instituto religioso femenino que en tan breve tiempo haya alcanzado más amplia y rápida difusión en la época moderna. Su eximia y heroica fundadora fue canonizada en 1940 por el Soberano Pontífice Pío XII.

Con muy buen acuerdo y no menor oportunidad, sus amantes hijas, las religiosas del Buen Pastor en Barcelona han tomado a pecho la publicación de la vida de su Santa Madre para que el público español viniera en conocimiento de ella y de su magna obra, todavía poco conocida y apreciada en nuestra patria.

Jaime Pons. S. J.

Especies

El uso continuo y abundante de los condimentos como la pimienta blanca y negra, el pimentón picante, chile picante, la nuezmoscada, la canela, la mostaza, irrita las mucosas, sobre todo, las glandulares y produce con el tiempo gastritis, enteritis, estreñimiento, hemorroides,

etc. No son alimentos, sino venenos y excitantes. Los vegetarianos no suelen sentir la falta de ellos. Para condimentar son permitidas algunas yerbas, como la saivía, el culantro, el apio, el hinojo, el perejil, la achicoria, el laurel, el orégano, tomillo, etc.

La Lluvia

Por Myriam Francis

Tiendo los brazos, vuelvo hacia arriba las palmas de las manos, y recojo la lluvia que cae, En el cuenco rosado de mis manos las gotas van reuniéndose por centenares, saltando llenas de júbilo, y resbalan luego por entre mis dedos en hilillos cristalinos. La lluvia resbala también por mi rostro, y sus gotas me besan rápidamente los ojos y los labios.

Cómo es de grata la caricia del agua que corre por el cuerpo, envolviéndolo en un manto

de frescura! Cómo trasciende su contacto a primavera temprana, a ramas con brotes nuevos, a flores presentidas!

Y cómo me gusta entonces vagar por el campo sintiendo bajo mis plantas desnudas la yerba mojada, mientras ésta bienhechora lluvia primaveral pone en mis cabellos esplendente diadema de perlas y purifica todos mis sueños!

Los Hijos

Que tienes, hija, estás mala?

Hace ya cerca de un mes que no duermes, que no comes, que reír no te se ve;

te vas quedando en los huesos...

¿Qué tienes, vamos a ver?

¿Quieren que se llame al médico?

—No, Antón, porque inútil es.

—¿Pero no sabes qué tienes?

—¡Demasiado, Antón, lo sé!

¡Los hijos de mis entrañas van a ir a servir al rey!

—Tonta, ¿y por eso te afliges?

Mira, para conocer el mundo, no hay mejor cosa que andar siete años por él. Todos los hombres debieran esos estudios hacer.

—Antón, vosotros los padres así pensaréis tal vez;

pero las madres pensamos que es el dolor más cruel

ver a los hijos del alma

esos mundos recorrer

mueertos de cansancio un día,

otros mueertos de hambre y sed,

casi destrudos ahora

tristes y enfermos después,

y siempre maltrataditos

por hombres sin Dios ni ley.

—Es verdad, que hay algo de eso, pero hija, ¿qué hemos de hacer si caen soldadós los chicos?

—Antón y preguntas qué?

hasta los últimos clavos

para librarlos vender;

y si esto no basta, yo

por esos mundos iré

pidiendo de puerta en puerta

para que a servir al rey

no vayan los pobres hijos

que con tanto afán crié!

—Alegando algún achaque

se podrán librar tal vez.

—Esc, sería mentir,

y dos veces ofender

a Dios que los ha criado

más hermosos que un clavel.

—Pues venderemos las tierras,

ya que te empeñas, mujer.

—¡Gracias, Antón de mi alma!

¡Qué Dios te bendiga, amén!

Para las madres la gloria

es siempre a sus hijos ver...

¡Ah! si Dios nos da dolores,

consuelos nos da también.

Antonio de Trueba.

Descansa los domingos y días festivos

El tercer mandamiento de la Ley de Dios manda no trabajar el día del Señor.

No trabajes, pues, sino descansa en ese día a no ser que tengas necesidad de trabajar. Pero no te alucines, ni pienses que, por trabajar los días de fiesta, vas a ser más feliz, ni más rico, ni más holgado. No trabajes el día de fiesta.

Primero, porque lo manda así Dios.

Segundo, porque eso te conviene a ti mismo.

Tercero, porque el trabajar en las fiestas es un insulto a tu religión.

Cuarto, porque así poco a poco te embrutes, y sin moral ni religión resultarás un impio, un animal, un ateo.

Quinto, porque así te quitas el único día que tienes para vivir en familia.

Sexto, porque así con el constante trabajar agotas tus fuerzas y destrozadas tu organismo y degeneras en tus hijos.

Séptimo, porque eso es convertirse en máquina a la cual se explota y se exprime hasta que se rompe o se gasta.

Octavo, porque así predomina el progreso material, pero queda rezagado el progreso moral y espiritual.

Noveno, porque así se perjudican tus mismos intereses, ya que fácilmente vienen enfermedades, cansancios, malhumor, desgaste demasiado; además, se produce demasiado, por donde hay que cesar en otros días; además hay trabajo para menos, porque los que trabajan el día de fiesta quitan ese trabajo a los compañeros que no lo tienen ni para el día de labor.

Décimo, porque Dios maldice el trabajo del día de fiesta.

Dijo Nehemías a los judíos que la ruina de su pueblo y la cautividad de Babilonia se la mandó Dios porque no guardaban las fiestas. También a nosotros nos manda muchos males por esto, y acaso la gran guerra sea entre otros pecados por las blasfemias, por las impurezas y por las profanaciones de los días de fiesta.

Decía el médico Farr al Parlamento Inglés:

El hombre necesita descansar cada siete días uno; el trabajo continuo del espíritu o del cuerpo, altera nuestro organismo, y destruye el equilibrio de nuestra constitución. Las poblaciones que no observan el domingo, degeneran: los hombres sucumben bajo el peso de enfermedades prematuras.

El Cardenal Goussset de Reims, hizo una apuesta. Llamó a uno de los principales comerciantes, buen católico; le rogó que, para dar buen ejemplo, cerrase los días de fiesta. Expuso el comerciante la grave pérdida que esto representaba para sus intereses.—Pues bien, le replicó el Cardenal, cerrad desde este domingo el comercio: llevad cuenta exacta de vuestras ganancias de este año; y si al fin de él no habéis ganado tanto como el anterior, me comprometo a pagar el déficit. ¿Pero, sabe lo que me promete Vuestra Eminencia...?

—Con esta condición, replicó el Cardenal, que usted a su vez me dé para mis obras de caridad lo que pase del año anterior. Al cabo del año, vino el comerciante y le dijo: Señor Cardenal, vengo a traerle 6.000 francos que son el superávit que he tenido este año en mis ventas.

Es un robo miserable el que se hace trabajando en domingo. Dime, decía un aldeano a su vecino que trabajaba en domingo, si yo tengo siete pesetas, me encuentro un pobre en el camino y le doy seis...

—Quedaría bien contento y agradecido.

—Está bien. Pero supón que ese hombre en vez de darme gracias se echase sobre mí y me arrancase la séptima peseta.

—Sería un villano.

—Pues ése eres tú.

Dios te da seis días y tú le robas el séptimo. *Ni por el Zar de Rusia* se debe trabajar en domingo. Vino a Londres Nicolás I. en 1844. Quiso ver los famosos hornos de Naesmyth. Pero Naesmyth dijo al camarero:

—Que no venga hoy el Zar, porque no veré

nada, pues no trabajamos en domingo.

—Pero siquiera unas horas, y por el Zar...

Señor mío, la gracia de Dios es más preciosa que la del Zar.

¿No le haría usted si la Reina de Inglaterra se lo mandase?

—Nuestra Reina, gracias a Dios no manda esas cosas.

¡Eh! ¡Eh!, cuenta Wetzel que oyó decir a un aldeano gritando a un carretero:

—¡Eh!, que lleva usted una cosa debajo las ruedas.

—¿Qué llevo bajo las ruedas?, dijo el otro mirando.

—El tercer mandamiento de la Ley de Dios. Y ten cuidado no caigas tú también bajo de ellas.

En efecto, andando, andando, en una sacudida se espantaron los caballos, cayó el carretero bajos las ruedas quedando maltrecho y a poco murió. Y decía a sus hijos al morir: "No quebrantéis jamás el día de fiesta; santificadlo."

Ni a los caballos les conviene trabajar los días de fiesta. Cuenta Niemeyer, profesor de Leipzig, que en tiempos en que no había ferrocarriles, los que defendían el descanso dominical hicieron una apuesta con los que lo atacaban. Debían partir en un mismo día dos diligencias con el mismo peso y las mismas fuerzas de tiro, para un mismo punto y por el mismo camino. Una había de descansar los días de fiesta y otra no. Ganaría quien llegase primero. Al principio ganaban las que no descansaban. Pero al fin ganaron las que descansaron. Del mismo modo se ha notado, dice que los animales que descansan los días de fiesta duran más que los otros.

Niemeyer explica la necesidad del descanso dominical de esta manera.

Supongamos que un obrero que tiene al comenzar el lunes 500 grados de fuerza. Trabajando pierde una cantidad, por ejemplo, 50. Descansando diariamente gana otra cantidad, pero ésa es menos que la pérdida, por ejemplo, 40. Comienza el martes con 490 y el domingo con 440. Descansando el domingo se repone el déficit de 60, y vuelve a 500. Lo cual se puede explicar con este gráfico:

Lunes	500
	450
Martes	490
	440
Miércoles	480
	430
Jueves	470
	420
Viernes	460
	410
Sábado	450
	400
Domingo	440
	500

El que todo lo tiene tasado con peso y medida, tasó también muy exactamente su precepto de descansar el séptimo día. El hombre soberbio pretende enmendar a Dios; pero cuando se pone a ello saca de quicio las cosas. Descansa cuando Dios te lo manda. El sabe por qué.

Remigio Vilarino. S. J.

La Flor Silvestre

Silvestre flor que entre el follaje oscilas,
Tú eres orgullo de la sierra amena,
Vestal de esta región, casta y serena,
Que al embate del viento no vacilas!
En estas soledades te asimilas
"A un ensueño de gozo en honda pena"
Cuando seca rodaras por la arena
Sin el néctar precioso que destilas,

Quedarás olvidada, al fin perdida
Entre las brías de tu patrio suelo;
¡Del hombre acaba así la edad florida,
La gloria y el poder que habló en su anhelo!
¡Ay infeliz del que al perder la vida
No tiene el bello porvenir del cielo!

María SANTAELLA

De la Muerte

MEDITACION V

(Capítulo XIII de la Introducción a la Vida devota de San Francisco de Sales)

I.—Ponte en la presencia de Dios. II.—Pídele su gracia. III.—Imagina que está en la cama enferma sin esperanza alguna de escapar a la muerte.

CONSIDERACIONES: 1º—Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡Oh alma mía! tú has de salir un día de este cuerpo. ¿Cuándo será? ¿Será en invierno o en verano? ¿En la ciudad o en la aldea? ¿De día o de noche? ¿Será de repente o prevenido? ¿Será de enfermedad o de accidente? ¿Tendrás tiempo para confesarte o no? ¿Te asistirá tu confesor o padre espiritual? ¡Ay de mí! que de todo esto no sabemos nada; sólo es seguro que moriremos y siempre más presto de lo que pensamos.

2º—Considera entonces que el mundo se acabará para ti, que se volverá lo de arriba a bajo delante de tus ojos. Sí, porque luego los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, las honras y las riquezas se nos representarán como fantasmas y sombras vanas. ¡Ah miserable de mí! ¿Por qué juguetes y quimera ofendía a Dios? Tú verás que dejamos a Dios por nada. Al contrario, la devoción y las buenas te parecerán entonces deseables y dulces. ¿Y por qué no he seguido este camino agradable y hermoso? Los pecados que parecían pequeños te parecerán entonces grandes como montañas y pequeña tu devoción.

3º—Considera las grandes y ansiosas despedidas que tu alma hará de este mundo: se despedirá de las riquezas, de las vanidades, de las compañías vanas, de los placeres, de los pasatiempos, de los amigos y vecinos, de los padres e hijos, del marido, de la mujer, y en fin, de toda criatura, hasta de su mismo cuerpo, que dejará amarillo, espantoso, deshecho, feo y hediondo.

4º—Considera que al salir del cuerpo el alma fuera este cuerpo, y esconderle en la tierra; y que hecho esto, el mundo no se acordará más de tí, ni habrá más memoria que la poca que tú tenías antes de otros. Dios le tenga en paz, dirá alguno; y en esto se encierra todo. ¡Oh muerte, qué poco eres considerada, y qué mucho impetuosa!

5º—Considera que al salir del cuerpo el alma toma su camino o a la derecha o a la izquierda, ¡ay! ¿dónde irá la tuya? ¿Qué camino tendrá No otro por cierto que aquel que hubiere merecido en este mundo.

AFFECTOS Y RESOLUCIONES. — 1º Ora a Dios y arrójate entre sus brazos. ¡Ay! Señor, recíbime bajo vuestra protección en aquel día espantoso. Dame aquella hora dichosa y favorable, aunque todas las otras de mi vida sean tristes y de aflicción.

2º—Menosprecia al mundo. Pues no sé la hora en que te he de dejar, oh mundo, no quiero estrecharme contigo. ¡Oh mis caros amigos! mis queridos parientes!, permitidme que no os tenga más afición que la de una santa amistad, que pueda durar eternamente; porque ¿de qué servirá unirme con vosotros de tal suerte que sea necesario romper las ataduras?

3º—Quiero prepararme desde ahora, y poner el cuidado necesario para hacer dichosamente este camino: quiero asegurar el estado de mi conciencia cuanto me fuere posible, y poner remedio a tales y tales faltas.

CONCLUSION. -- Da gracias a Dios por esta resolución que te ha dado: ofrécela a su Majestad: suplícales de nuevo te de dichosa muerte por los méritos de la muerte de su Hijo: implora la ayuda de la Virgen y de los Santos.

Pater Noster y Ave María.
Haz un ramillete de mirra.

El eximio poeta colombiano, Dr. A. Maldonado La Bastida, nos envía su colaboración especial para Revista costarricense, por medio de nuestra distinguida colaboradora Myriam

Francis, las dos bellísimas poesías que publicamos; aprovechamos esta oportunidad para agradecer al nuevo colaborador la distinción con que nos honra.

EL RECUERDO

*Escriño diamantino del pasado
que tiene por orfebre la memoria
y recoge las joyas de Victoria
o derrota que son en el pasado.*

*Aureo como de llanto perfumado
donde se exhuma la doliente historia
de nuestra planetaria trayectoria
por los cielos brumosos del pasado.*

*Recordar es llorar en la memoria,
la infancia de capullo nacarado,
la juventud eterna y transitoria,*

*el beso del adiós ilusionado,
el beso transparente de la gloria.
¡Recordar es llorar en el pasado!*

Dr. A. Maldonado La Bastida

CUANDO APARECES EN LA VENTANA

*Cuando apareces en la ventana
como un ensueño de rosicler
mi fé idolátrica, mi fé pagana,
duda si eres diosa o mujer.*

*Siento ilusiones de la mañana
que en una noche se ve prender,
cuando apareces en la ventana
como un ensueño de rosicler.*

*Siento un inmenso deslumbramiento,
un firmamento de emotivo sientto,
siento en mis ojos una mañana,*

*que resplandece de eti, mujer,
cuando apareces en la ventana
como un ensueño de rosicler.*

Dr. A. Maldonado La Bastida

La Universidad debe ser un crisol formativo de hombres

BUENOS AIRES, (NC.)—"La Universidad debe ser un crisol formativo de hombres, donde se encuentren caminos, ideas claras y convicciones firmes, para conducirse en la vida. No basta lo que hoy se puede llamar "cultura", declaró el Interventor Dr. Carlos A. Pithod, al hablar en la Universidad Nacional del Guayo con motivo de la colocación de Grados.

"Despreciadas las fuentes mismas de la civilización y del orden, apartada de Dios —agregó— la vida no tuvo otra razón de ser que la urgencia de ser vivida, como si en cada uno comenzara y terminara la felicidad. Hemos de

volver a nuestra unidad espiritual. Quien reclama la tolerancia para todos los errores, traiciona a la patria y pasa a exhibir la prescripción de la verdad. Desobedecer a lo que "es mejor que uno mismo", es contrario al deber y al honor. He aquí el mal que temo mucho. Por esto, atenienses, aunque os honre y ame... obedeceré a Dios antes que a vosotros. Que así sea. Es el voto que emana desde lo íntimo de mi corazón, y nuestra querida patria argentina, políticamente perdida, así lo espera, para ser de ahora en adelante cristianamente salvada."

Apoye la Buena Prensa, consiguiéndonos Suscritores

Recetas de Cocina

Receta de Digna C. de Solari

Nidos de pájaros

Se emplean tajadas delgadas de posta suave, se condimentan con sal y pimienta; un cuarto de libra de posta de cerdo molida se mezcla con un poco de miga de pan añejo, cuadrado y remojado en leche y un poco exprimido, sal, pimienta y un poquito de perejil picado; se pone esta preparación sobre las rebanadas de posta, en el centro se les pone un huevo duro y se arrollan amarrándolas bien con hilo para que no se salga el relleno; en una cacerola se echa una cucharada de manteca, cuando está bien caliente se fríe la carne rellena, procurando que quede dorada por todos lados, se le pone una cebolla picada y 8 zanahorias cortadas en ruedas, medio vaso de vino blanco, suficiente caldo hirviendo y un tomate maduro pelado y sin semillas, se tapa y se deja hervir hasta que la carne esté suave, se prueba para saber si tiene buen gusto. Se preparan unas espinacas en salsa blanca bien espesa y se colocan en un platón; a la carne se le quitan los hilos y se parten por la mitad y se van colocando sobre las espinacas; la salsa que queda en la cacerola donde se cocinó la carne se sirve en una salsera al mismo tiempo. También se pueden reemplazar las espinacas con una puré de papas o alverjas tiernas.

Papas rellenas

Se ponen a asar con cáscara 4 papas grandes, bien lavadas, cuando están suaves se parten en dos y con mucho cuidado se les saca la carne, entonces ésta se maja con un tenedor condimentándola con sal, pimienta, perejil picado finamente, una cucharada de mantequilla, 3 cucharadas de natilla, se mezcla todo muy bien y se rellenan las cáscaras con esta preparación, encima se espolvorean con polvo de pan

tostado y molido y se les pone pelotitas de mantequilla, se colocan en un platón y se meten al horno caliente durante 5 minutos y se sirven sobre una servilleta en un platón.

Picadillo de chiverrito

Se escogen chiverritos muy tiernos y frescos, se parten en pedacitos regulares; se ponen en una cacerola y en el fuego tapados hasta que se vea que han soltado bastante agua; se escurren bien los chiverritos y se mezcla con la manteca caliente; se condimentan con sal y pimienta y un poquito de azúcar según el gusto de cada persona y se les agrega un cucharón de leche, se tapan y se dejan hervir despacio hasta que los chiverritos estén suaves.

Cocido español

La víspera se deja en agua fría 1 libra de garbanzos lavados y escogidos, al día siguiente se ponen a cocinar en la misma agua, junto con 2 libras de cecina y una libra de huesos; cuando los garbanzos están suaves se les agregan medio repollo, una libra de papas peladas, unos pedacitos de zapallito tierno, unos pedacitos de chorizo, tres tomates pelados y sin semillas, una cebolla y un chile dulce finamente picados, sal y pimienta, se deja cocinar a fuego lento hasta que todo esté suave, se sirve sin caldo y este se puede aprovechar para hacer la sopa añadiéndole pan fideos.

Crema de coco helada

A un coco se le quita la cáscara de afuera y a la carne se le quita con mucho cuidado el pellejito oscuro, se ralla y se mezcla con 2 litros de leche y se pone a cocinar hasta que hierva un rato, entonces se cuele en un colador de manta mojado y escurrido, se

expresarse bien para que salga toda la leche del coco. Se baten aparte cuatro yemas de huevo hasta que estén bien espumosas y se les agregan una a una 4 tazas de azúcar y siempre batiendo, luego se le agrega poco a poco la leche del coco y se vuelve a poner al fuego meneándola constantemente hasta que empiece a hervir (no debe hervir mucho porque se corta), se retira del fuego y se deja enfriar meneándola con una cuchara para que se enfríen bien, se aromatiza con lo que se quiera: vainilla, canela en polvo, etc. etc. Con esta crema se pueden hacer helados.

VINAGRE DE BANANO

Se echan bananos bien maduros y sanos en un barril de madera que tenga un tubito en la parte de abajo del barril, hasta llenar el barril, se tapa con una manta y se amarra muy bien la manta. Al cabo de un mes o más se vé el banano para saber si está bien fermentado, si no está todavía bien deshecho y hecho líquido, se deja un tiempo más al cabo del cual se saca el vinagre por el tubito y se cuele con un colador de manta bien fino y se va pasando a una garrafa de vidrio, se tapa herméticamente y al cabo de unos tres meses está listo para usarlo. Este

vinagre entre más viejo se pone mejor y se clarifica más, quedando con un color de whisky transparente. Hay que tener sumo aseo al fabricarlo.

EL VINAGRE

En los países donde se produce la uva, el vinagre se hace del vino fermentado, mientras que en los países que no producen la uva, en general lo que venden es un producto artificial y químico. Ese vinagre que se fabrica con soluciones alcohólicas inferiores al vino y con poivos químicos es perjudicial en alto grado. Este vinagre provoca dispepsias, acidéz del estómago e irrita las mucosas. Produce empobrecimiento de los glóbulos rojos de la sangre y determina la anemia. El uso de ese vinagre es un verdadero veneno para el organismo, debe evitarse en absoluto ya que tenemos el agradable jugo de limón para sustituirlo.

En nuestro país podemos fabricar el vinagre con banano, el que es de un sabor insuperable y no es dañino y es de suponer, que como el banano es una fruta de un gran valor alimenticio, el vinagre de banano debe ser muy bueno e inofensivo. El vinagre debe usarse pero sin abusar de él.

La Envidia

Si se supone que no hay ningún mal en gozar ampliamente de lo superfluo, ¿es indispensable ostentarlo, sobre todo a la vista de los que carecen de lo necesario, lucir el lujo al lado de la pobreza? El buen gusto y una especie de pudor impedirán siempre al que goza de buena salud hablar de su gran apetito, de su tranquilo sueño, de su alegría de vivir, al lado de alguien que muera de consunción.

Muchas gentes ricas carecen a veces de tacto, y, por lo mismo, de piedad y de prudencia. ¿No son, pues, injustas al quejarse de la envidia, después de haber

hecho todo lo posible por provocarla?

Carlos Wagner

Nunca el tener cofres llenos—la riqueza en pie mantiene; que no es rico el que más tiene,—sino el que ha menester menos.

Tirso de Molina

*

* * *

*

Algunos mercachifles les parece que el comercio de por sí es ya una absolución general; y que, detrás del tablero o mostrador no hay posible ladrón ni salteador.

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en

Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robért Hermanos

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica